

DAVID JASSO

DUÉRMETE

... que viene el Coco y te comerá



*Valdelagua del Cerro (Soria), 1961.
Hace 65 años.*

La niña estaba muy asustada, se acurrucaba tras la esquina del pasillo, le habían ordenado que esperara en su cuarto. Ni siquiera se atrevía a asomar su cabecita, pero las voces y los gritos de su madre la sobrecogían. Iba en pijama y se había puesto una toquilla de su madre por encima de los hombros, pero eso no la protegía lo suficiente del frío de la noche.

—Hay que darse mucha prisa —dijo la partera alejándose un poco. Sacudió la mano para limpiarse algo de sangre. Resopló, muy preocupada.

—Pero, pero... —El hombre miraba a su alrededor sin saber qué hacer. Su mujer lloraba en la cama, a punto de perder el conocimiento. Él volvió a acariciarle el pelo intentando calmarla sin resultado.

—Viene de nalgas y está muy encajado, hay que ir al hospital. Y a toda velocidad.

La comadrona se limpió las manos como pudo con una toalla que ya estaba muy manchada. Normalmente podía resolver los problemas de los partos en el pueblo, pero este se había complicado demasiado. La vida del bebé corría serio peligro.

—Pero... pero has dicho que el parto ya ha empezado, ¿no? ¿No puedes hacer nada?

La partera se encaró con él, lo que menos necesitaba ahora era al marido viniéndose abajo o cuestionando sus decisiones:

—No, yo no puedo hacer nada más —admitió con pesar, mirándolo con dureza—, confiemos en que nos dé tiempo a llegar. Hay que llevarla al Provincial. No podemos demorarlo más. Yo no puedo ayudarla, es muy peligroso. Si el niño sale de

nalgas, su cabeza puede quedar atascada o presionar el cordón umbilical y quedarse sin oxígeno.

—Dios mío, Dios mío. ¿Y Adela?

—Si la cosa se complica, hasta su vida puede correr peligro. Vamos. Si seguimos perdiendo el tiempo, vamos a perderla. ¿Tienes la Citroën fuera?

Él asintió mientras animaba a su esposa a levantarse y tiraba suavemente de ella.

—No, no, llévala en brazos, no le conviene caminar, tiene que estar tumbada. Hay que frenar el parto todo lo que se pueda.

La mujer gimió:

—Me duele muchísimo, no puedo soportarlo. Me está rompiendo las entrañas.

—Ay, Dios mío. Corazón, vamos a hacer lo que dice, te vamos a llevar al hospital. —El terror dominaba al hombre, se sentía desgarrado y desconcertado, el miedo estaba a punto de paralizarle.

La niña había oído todo desde su escondite; se levantó y corrió a por las llaves del coche de su padre. En el pueblo no hacía falta cerrarlo, pero su padre las necesitaría para arrancar. Sin que nadie le dijera nada, la niña abrió la puerta de la calle y llegó hasta el coche. Era de noche y el pueblo no disponía de iluminación urbana, solo alguna farola puntual distribuida muy aleatoriamente. Todo estaba en silencio. Por eso, los gritos de su madre eran todavía más estremecedores. La partera iba por delante. Vio a la niña y sonrió, era todo un cielo y muy espabilada.

—Muy bien, Teresa. Abre el dos caballos de par en par y trae todas las toallas que puedas y un par de mantas. Hace frío.

El hombre salía con su mujer en brazos, ella no paraba de llorar y él temblaba visiblemente.

«Dios, que aguante hasta la capital», rogó la partera, y ni ella tuvo claro si se refería al hombre o a su esposa.

Poco después, la mujer estaba tumbada en el asiento trasero, con la partera esquinada entre sus piernas, intentando calmarla y retener lo que se avecinaba. El padre apenas miró a su hija mientras cogía las llaves que ella le tendía y arrancaba el coche; ni se había dado cuenta de que la pequeña se había anticipado a sus necesidades. Pero la partera dedicó a la niña una mirada cariñosa y le susurró medio por señas:

—No te preocupes, mi vida, entra en casa y vete a dormir. Vas a tener un hermanito, ya verás. Quédate en casa y no salgas, ¿vale?

—Sí, Teresa, entra en casa y espera —dijo su padre, alzando la voz y metiendo la primera.

La niña ni siquiera se atrevía a llorar, no tenía muy claro qué estaba pasando. Su madre no se enteraba de mucho, ni sabía ni dónde se encontraba, su mundo solo estaba formado por ramalazos de dolor y de miedo. La partera se despidió agitando ligeramente la mano y, a pesar de la oscuridad, la niña vio sangre en sus dedos. El coche arrancó y se perdieron callejuela abajo.

Teresa tenía ocho años y mucho miedo. Cuando las luces desaparecieron por completo y el sonido del motor ya no reverberaba por las estrechas callejas del pueblo, la niña se dio cuenta de que se había quedado sola. Y entonces sí que empezó a llorar quedamente, seguía asustada y no tenía ni idea de qué era lo que acababa de presenciar. Nadie le había dicho que tener un hermanito pudiera ser tan aterrador. Mamá no paraba de gritar.

Cerró la puerta tras ella, corrió a su habitación y se metió en la cama deshecha, los gritos la habían despertado hacía bastante rato. Se cubrió hasta el cuello y se quedó muy quieta. El silencio era atronador, y más después de todos los gritos anteriores. Tenía miedo por su mamá, quería que volviera ya. Su hermanito le daba igual, no lo quería demasiado, ella solo deseaba estar con su papá y su mamá, sobre todo con su mamá, que no había parado de llorar y quejarse. Solo quería eso.

El Citroën dos caballos recorría la sinuosa carretera comarcal a toda velocidad, aunque en realidad más que una carretera se trataba de una pista forestal engravillada. Así que tampoco es que se pudiera avanzar demasiado rápido, las curvas y el estado de la calzada, con profundos baches y charcos perennes, no permitían correr mucho. El padre volvió un poco la cabeza.

—Aguanta, cariño, llegaremos pronto.

Su mujer le respondió con un grito de dolor. Él aceleró.

El accidente tuvo lugar antes de llegar a la carretera nacional. La oscuridad y la premura contribuyeron a que el hombre tomara una curva demasiado abierta. Los neumáticos perdieron contacto efectivo con la superficie firme del camino debido a la capa de gravilla suelta y desviaron la dirección. Cuando vio

que se iba a salir de la carretera, intentó frenar, pero las ruedas siguieron patinando y, aunque dio un volantazo desesperado, no pudo evitar salirse del camino. El coche voló un par de metros sobre una acequia que corría paralela al camino y aterrizó con violencia en un marcado desnivel. Comenzó a descender ladera abajo entre empujones, golpetazos y gritos.

En aquellos tiempos, muchos coches ni siquiera tenían cinturones de seguridad y los *airbags* ni existían. Los tres ocupantes del vehículo rebotaron en el interior de forma alocada. El coche topó con un montículo, giró sobre sí mismo y dio una vuelta de campana. El hombre chocó con violencia contra el cristal delantero y lo partió en pedazos con su cabeza, pero cuando esto pasó ya estaba muerto: el volante se había clavado justo antes en su esternón con tanta fuerza que le había destrozado por dentro.

Tras unos interminables segundos de deslizamiento incontrolado, el coche golpeó contra un árbol en la linde de un campo y se detuvo, había quedado de pie, pero completamente abollado y con la parte del motor muy hundida.

Las puertas traseras se habían abierto o partido, no se podía saber. La partera yacía sin sentido en el suelo del coche con una pierna destrozada por el asiento de delante, que se había desplazado con violencia. La mujer embarazada no dejaba de gritar, se había golpeado contra todas partes.

Pero algo inesperado había sucedido: los violentos movimientos habían favorecido que el bebé se desencajara del útero de su madre y que, en el último momento, se colocara de forma adecuada. Era algo verdaderamente excepcional que muy pocas veces ocurría, pero el accidente lo había propiciado.

Hacía frío y la luz de la luna apenas podía atravesar la oscuridad de la noche. La mujer se dio cuenta de que ya no podía retener más a su hijo, notó la contracción definitiva y la presión en la pelvis se volvió insoportable, se notaba empapada, no sabía de qué, hacía rato que había roto aguas. Estaba tumbada de espaldas en el asiento trasero, un poco contra la partera. Se arrastró hacia afuera con la cabeza por delante y se dejó caer en el suelo del campo; sus piernas quedaron en alto dentro del coche. La cabeza le dolía demasiado. La presión en sus sienes era tan insoportable como la de su vagina. El niño venía y ya no había nada que pudiera frenarlo; descendía con urgencia. La

mujer sintió que se desgarraba al mismo tiempo que la cabeza le explotaba. Su grito se apagó cuando su cuerpo se dejó llevar.

El bebé quedó en el suelo, entre las piernas de la mujer, casi debajo del coche, convertido en un amasijo de piel y restos sanguinolentos. A los diez minutos el cordón umbilical dejó de proporcionarle oxígeno, y su pequeño organismo comenzó a sufrir los efectos. De repente, el bulbo raquídeo del bebé activó el centro respiratorio del tronco encefálico y el mecanismo autónomo se puso en marcha. De manera instintiva, aspiró una gran bocanada, el aire quemaba su recién inaugurado sistema pulmonar y comenzó a llorar, dolía respirar, pero su cuerpo había descubierto el oxígeno y seguía obligándole a ingerirlo.

Y el recién nacido lloró, y lloró. Con cada bocanada de aire. Allí, entre las piernas de su madre descompuesta; en el suelo, junto a la portezuela desgajada del coche; en un charco húmedo, entre un pequeño matojo y unas piedrecillas.

Poco después, una familia de ratones de campo se sintió atraída por el olor de la sangre y se acercó a la mujer, pero se dispersaron cuando apareció un zorro. El continuo llanto del niño inquietaba al animal y no estaba seguro de poder acercarse.

Hacía poco que había amanecido cuando Eduardo, el conductor de un tractor que iba camino de su campo de carrascas, vio el Citroën allá abajo. Paró, intranquilo, y descendió del vehículo, oía llorar al niño. Salvó la acequia y el desnivel como pudo y, dejándose resbalar sobre las nalgas, logró llegar hasta abajo, trastabilló al frenar y se acercó al coche. El niño seguía llorando. Lo que vio al llegar le heló la sangre.